

## RENOVACIÓN PEDAGÓGICA

• Los roles del profesor deben sufrir alteraciones en el seno de la sociedad de la información • La formación humana de los próximos años reclama una especial atención a la búsqueda de la armonía entre las dimensiones humanística y tecnológica • El profesor ha de enseñar a vivir a sus alumnos



# El profesor como educador profesional

• La labor del docente oscila entre enseñar a conocer y enseñar a vivir al alumnado

ANTONIO BERNAL / CATEDRÁTICO DE PEDAGOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

**A**d nauseam se ha proclamado, no sin razón, que el verdadero protagonista de la educación es el educando (en el ámbito escolar, el estudiante). Se ha afirmado, consiguientemente, que la escuela existe para que el escolar trabaje en su autoaprovechamiento; pero queda camino por recorrer. En esta dirección habrán de caminar las reformas de la institución escolar y los cambios de la función docente. Ante el desafío de una escuela abierta a la comunidad, una institución que debe abandonar con prontitud métodos y sistemas propios de la sociedad industrial; ante el reto de la sociedad informatizada que puede potenciar, al liberar al hombre de tareas rutinarias y mecánicas, el ejercicio de la inteligencia, la circulación de la información y opinión, la toma de decisiones, el desarrollo de la creatividad y la emisión de previsiones, el profesorado ha de estar preparado para la responsabilidad educativa que contrae en estos nuevos tiempos.

Los roles del profesor han de sufrir alteraciones, en el seno de la sociedad de la información, pero continúan presentando un sentido bien perfilado

si se los contempla desde la condición personal de la educación.

Ante el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información se han realizado diferentes críticas, no exentas de fundamento. Ahora bien, parece lógico sostener que el potencial informativo de las nuevas tecnologías incrementa la capacidad efectiva de la institución escolar si se acierta a identificar la relación existente entre lo informativo y lo cognitivo y entre lo cognitivo, el aprendizaje y lo educativo. La escuela actual debe desarrollar la capacidad cognitiva del educando para que éste pueda traducir los potenciales informativos en disposiciones de aprendizaje educativo. Por otro lado, la aceleración de los procesos de innovación científica y técnica no resulta usualmente visible en los contenidos y objetivos instructivos de los programas escolares, por lo que la continua producción de nuevos conocimientos, procesos, etc., en los órdenes científico, técnico y artístico solicita la modificación de la cultura que transmite la escuela. Las tareas técnicas del profesor, aunque modificadas, continúan presentando un valor inequívoco.

La dimensión tecnológica del

quehacer docente estriba básicamente en el diseño, desarrollo y control de los procesos educativos en el aula. Un parámetro de eficacia determina la funcionalidad del rol técnico del profesor, contrastándose los recursos puestos en el sistema con los resultados alcanzados. La planificación tecnológica dentro del aula y en su entorno refleja el saber hacer de un profesor, que ha de constituirse en un animador del aprendizaje de los estudiantes, desde su conocimiento de la ciencia y desde su disposición favorable hacia ella; así adquiere su sentido práctico el currículo escolar (contenidos, programas, meto-

*«La puesta en práctica de las actitudes y valores reclama una nueva mentalización por parte de los profesores; es la persona, el ser personal del hombre, en todas sus dimensiones, el referente fundamental para la concreción de las finalidades de la educación.»*

• • •

logía, evaluación...).

No se puede olvidar, con todo, que se hace preciso que el profesor mantenga una cierta independencia crítica en su quehacer. Todas las nuevas orientaciones en torno al pensamiento del profesor y al desarrollo profesional de los docentes constituyen una variable determinante en la definición de actitudes frente a las crisis culturales, y pueden garantizar un espacio de autonomía funcional que abra nuevos horizontes a la función docente. Mas todo ello tiene lugar entre personas y para personas; todos los estudios e investigaciones encaminados al análisis del ambiente educativo en las escuelas apuntan hacia la necesidad de comprender la educación en su integridad.

La formación humana de los próximos años reclama una especial atención a la búsqueda de armonía entre las dimensiones humanística y tecnológica del quehacer de la persona. Cada vez resulta más necesaria una concepción de la educación relacionada con el desarrollo armónico de las diversas dimensiones (ética, estética, intelectual, física, espiritual, social...) de la persona. Quizás los peligros de la sociedad informatizada hagan a los sistemas

escolares más sensibles para adquirir un compromiso aún más fuerte con el sentido personal de la educación.

El irrefragable lenguaje de los hechos, de la práctica educativa, parece acentuar una necesaria reorientación de la función docente. El profesor ha de plantearse en su quehacer profesional las diversas dimensiones que entraña el proceso de la educación. Esta responsabilidad, fruto de la más actual reflexión pedagógica, se refuerza con las nuevas demandas sociales que reclaman a los docentes la atención especial a la autorrealización personal de los escolares. La implicación, pues, del mundo de los valores es obvia.

Una intrincada red de elementos científicos, económicos, políticos, se nos ofrece a poco que consideremos la aspiración pedagógica tocante a los valores. La puesta en práctica de las actitudes y valores reclama una nueva mentalización por parte de los profesores; es la persona, el ser personal del hombre, en sus dimensiones todas, el referente fundamental para la concreción de las finalidades de la educación. Desde su propio ámbito, en continuo dinamismo

→ Pasa a la página siguiente:

# El profesor

## como educador profesional

→ Viene de la página anterior

mismo marcado por el desarrollo científico-técnico, la educación conduce las exigencias individuales y sociales de la condición humana. Es en este marco donde la pedagogía actual halla los valores que animan cualquier innovación educativa: rectamente entendida, la asunción de las diferencias, la perspectiva intercultural de la educación, la participación y el diálogo como precisadas vías metodológicas, la solidaridad operante con todas sus matizaciones y posibles concreciones (justicia, paz, desarrollo, democracia...).

Parece confirmarlo que la crisis valoral afecta a la propia personalidad de los docentes, y demanda un serio cambio de actitudes. Ninguna innovación educativa puede aplicarse limitando sus cambios a los aspectos estructurales del sistema escolar; es precisa la participación personal de los profesores. Determinados estudios sobre innovaciones pedagógicas centrados en los docentes encargados de ponerlas en práctica han puesto de relieve que las innovaciones relacionadas con aspectos físicos, materiales o tecnológicos se asumen, por lo general, más fácilmente que las referentes a cambios personales, sociales o de mentalidad. De aquí se colige la necesidad de analizar la dimensión personal del profesor, con sus varias implicaciones, ya que en ella podemos acabar por desvelar el más auténtico sentido del quehacer docente —«estésible», como otras matizaciones obvias, a los padres, a las familias—, la ayuda a cada estudiante, a la persona que cada uno es, a su formación completa.

**Enseñar a conocer y a vivir.** Si se es consecuente con la idea de que, en efecto, el verdadero protagonista de la educación es el educando, el profesor ha de actuar en la medida en que el estudiante no puede trabajar solo. La actividad educadora, básicamente, se reduce a la estimulación, guía y control de la actividad del estudiante. El quehacer docente es subsiguiente del proceso de perfeccionamiento personal en que consiste la educación de cada escolar.

Es menester reconsiderar las funciones del profesor. Si nos damos cuenta de que los alumnos son personas, además de presentar su rol de estudiantes, esto es, si los consideramos con su nombre, con su particular forma de ser, con sus propios estilos de aprendizaje, con sus biografías únicas e irrepetibles, con sus circunstancias peculiares, habrá que comprender la totalidad de sus dimensiones, ser preciso pensar en enseñarles a vivir y no únicamente a conocer. La interrelación de las ta-

reas de enseñanza y orientación en el mismo quehacer docente cada vez se ha ido haciendo más evidente.

En los últimos decenios se había consolidado pedagógicamente la división de los ámbitos en el diseño y desarrollo de los currículos. Esto podía justificar hasta cierto punto la división, más o menos clara, entre dimensión estrictamente docente (instructiva) y dimensión orientadora en el quehacer educativo escolar. Se interpretaba así que el profesor, por lo general, podía limitarse a la función de enseñante, dejando a otras determinadas parcelas del currículum el cultivo de los valores y las cuestiones relativas a la orientación personal de los estudiantes.

La fuerza real de lo proceso educativo, que tiene lugar en una realidad personal integrada, ha terminado por arrumbar la tradicional y artificial división de objetivos por ámbitos de la personalidad (cognitivos, propios de la enseñanza; afectivos, propios de la orientación) como si los profesores durante un tiempo determinado pudiesen dedicarse únicamente a la función instructiva, y los orientadores, en otros espacios de tiempo previstos, ocupase de la función de orientación personal de los escolares. Es verdaderamente difícil, por no decir imposible, separar en determinados procesos de aprendizaje los elementos puramente cognitivos (pensamiento autónomo y crítico, evaluación de conceptos...) de los de orden afectivo (motivación, autoestima, autocontrol...). Por esta razón fundamental es preciso que el profesor se plantee en su quehacer profesional su dimensión orientadora.

Ser un buen transmisor de conocimientos o un buen agente informador no es suficiente. El buen profesor es el que hace trabajar más a sus alumnos, quien los estimula y orienta adecuadamente en su actividad. El valor del profesor como mediador en la educación de los escolares es insustituible. La tarea del profesor no queda limitada al estímulo del aprendizaje de un campo cultural determinado, no queda circunscrita a sus funciones didácticas, sino que termina siendo un estímulo en la vida personal del estudiante. La enseñanza más objetiva o asépticamente científica presenta siempre un componente ético, positivo o negativo. El profesor, por tanto, ha de enseñar a vivir a sus alumnos, esto es, ayudarles a comprenderse a sí mismos, a comprender el mundo y a vivir en él conforme a las exigencias de la dignidad humana. Las fronteras entre el enseñar a conocer y el enseñar a vivir se diluyen en una acción docente integrada, personalizadora y personalizada. •

O R I E N T A C I O N   P R O F E S I O N A L



# Gestionar bien

• La mayoría de los grupos de docentes de la enseñanza pública están desmotivados • La desmoralización que esto les produce les hace entrar en una fase de aburrimiento.

JOSÉ TRIGO LÓPEZ  
PROFESOR DE SECUNDARIA CON LA CONDICIÓN DE CATEDRÁTICO

Desde siempre ha sido determinante para el progreso de una unidad familiar y, por extensión, de una empresa el hecho de que hayan sido bien administradas. Pero parece que en estos tiempos que corren, de ajustes monetarios, de medidas económicas y optimización de gastos y recursos, toma más fuerza la idea de gestionar bien, tanto sea en entidades públicas como privadas.

Las entidades privadas ya tienen muy claro que cuando los resultados de la gestión no son lo positivos que se había previsto, han de cambiar su estrategia para corregir esos resultados. En las entidades públicas lamentablemente la gestión deja mucho que desear.

La forma de administrar los recursos materiales y humanos que se observa en empresas del sector bancario, del comercio o la industria (destinadas a producir bienes y servicios para la sociedad), se refleja luego en unos mejores resultados. Algo podría mejorarse en la gestión pública si se consideraran en éstos ciertos aspectos que resultan muy positivos en el funcionamiento y gestión de las empresas privadas.

Considerando la Educación como un bien de primer orden (que la sociedad demanda y del que no puede prescindir) deberíamos controlar su proceso de

producción y verificar la calidad de este bien (que no brota gratuitamente en la naturaleza). Esta, como en todo proceso de producción, va a depender de los medios que se hayan puesto en juego y de la gestión buena o mala que se haga de esos medios. El producto final es lo que ofreceremos a la sociedad demandante.

El proceso tiene lugar en los centros docentes. Allí están los medios que la Administración pone con el fin de dar satisfacción a la necesidad demandada. Se trata pues de grupos humanos organizados que utilizan los medios materiales de que disponen para la realización de la función que les es propia: la educación. Y de ahí la gran responsabilidad de la figura del director de un centro.

La sociedad demanda el bien de la educación como una necesidad que desea tener cubierta y que entiende que debe ser gratuita. Pero quizás olvida que para que ese bien tenga una cierta calidad, esta necesidad debe de hacerse compatible con las necesidades del grupo de hombres que generan el bien codiciado (que también las tienen).

Seguendo a Maslow, las necesidades humanas se sitúan en jerarquías de predominio. Los hombres no son «espíritus puros como los ángeles», y necesitan

cosas. Buscan satisfacer una necesidad, pero en cuanto ésta queda satisfecha otra ocupa su lugar. Éste es el fundamento de la teoría de la motivación.

Creo no equivocarme si digo que la mayoría de los grupos de docentes de la enseñanza pública están desmotivados, y, por tanto, desarrollan su función en condiciones muy alejadas de las idóneas para ofrecer un bien de calidad.

Y es que para un determinado colectivo humano, como puede ser el docente, una vez cubiertas sus necesidades básicas, las motivaciones económicas no son ya las más importantes (aunque sigan siendo un componente estimulador). Pasa a segundo término, y tienen ahora mayor relevancia otras como autonomía, poder, prestigio, consideración, estabilidad, etc.

Por eso, los colectivos que trabajan en empresas que, además de gestionar bien económica y técnicamente, realizan una buena gestión social, encuentran en ellas esos estímulos y motivaciones, son eficaces y alcanzan en su trabajo un alto grado de satisfacción.

En materia de educación, el único colectivo docente que recibe estímulos de sus gestores y una respuesta a sus inquietudes, es el universitario. La universidad (con todas las críticas que se le puedan hacer) tiene un estilo y una forma de hacer las cosas que se traducen en un mayor rendimiento, eficacia y mayor grado de satisfacción de aquellos que allí prestan sus servicios (aun con retribuciones más bajas). Estos parámetros son los que a mi juicio deben manejar para hablar de buena o mala gestión.

La gestión del colectivo docente en el ámbito educativo no universitario deja mucho que desear. El docente se siente poco valorado por la Administración, que no lo estimula, que recela de su libertad de él, que lo vigila y lo cuestiona.

La desmoralización que esto produce en el docente, le hace entrar en una fase de aburrimiento que, evidentemente, no es la más apropiada para que pueda desarrollar su labor de manera eficaz. A nadie debe extrañar que estos factores incidan negativamente en la calidad del bien que se desea obtener: la educación.

El deseo de una gestión eficaz lleva a las empresas responsables a realizar sondeos y encuestas mediante los cuales pueden conocer el sentir general de los medios humanos que emplean, detectar sus inquietudes y sugerencias y, así, poder atenderlas.

Bueno sería que los nuevos Responsables del Departamento de Educación, siendo conscientes de estas disfunciones, tomaran en cuenta. De esta forma podrían corregirlas, teniendo siempre bien presente que para que un colectivo funcione, tenga una comunidad de intereses y sea eficaz, su labor debe desarrollarse en un ambiente exento de tensiones, donde prima el consenso y se da plena satisfacción a las legítimas aspiraciones de sus componentes. •